

Alberto González Troyano, *La cara oscura de la imagen de Andalucía: estereotipos y prejuicios*, Sevilla, Fundación Pública Andaluza, Centro de Estudios Andaluces, 2018, ISBN: 978-84-948688-8-7, 140 páginas.

Andalucía, tierra brava, risueña y vigorosa, tierra plena de historia encallada en su lecho, pero también cargada de estereotipos y prejuicios que, aún vigentes —ya sea de manera fundada o infundada—, vienen a determinar la visión de sus gentes y su cultura. Frente al perfil más positivo y luminoso del afable Sur de la península ibérica se advierte otro negativo, repleto de sombras, sobre el cual versa *La cara oscura de la imagen de Andalucía: estereotipos y prejuicios*, un ensayo en que Alberto González Troyano, gran conocedor de la materia, nos brinda, en reducidas —mas contundentes— páginas, el magnífico resultado de años de estudio e investigación, junto con un colofón abierto que atrapa y hace partícipe al lector, pues, como el propio autor advierte, su finalidad es «mostrar un primer sumario abriendo así las puertas a un necesario debate» (p. 10).

Los escritos recogidos en este «primer sumario» se centran en rastrear delicadamente, a través de la historia y la literatura, los orígenes de las distintas imágenes de Andalucía, y se presentan en quince impecables capítulos que «se han planteado para ser leídos de manera relativamente autónoma», aunque «un cierto cordón umbilical los vincula internamente a todos» (p. 11). Tal y como el autor desglosa a partir del segundo de ellos, el comienzo de la percepción de la región como un «espacio cultural distinto» (p. 13) cabe hallarlo en un proceso que se inicia a finales del siglo XVIII pero que, no obstante, encuentra su mayor impulso en la nueva sensibilidad que se fragua con el Romanticismo, desde la que se comprende la revalorización que se hace en el siglo XIX de la ruta meridional de España. Personalidades como Custine, Gautier, Mérimée, Byron, Lewis o Ford se sintieron atraídos en aquel tiempo por el exotismo de Andalucía, que «propiciaba todo un abanico de sugerencias y de rasgos estéticos, consecuencia de lo heterogéneo de su geografía, los vaivenes de su historia con superposición de pueblos conquistados y conquistadores, el conglomerado y mestizaje de sus habitantes y la fragmentación de su cultura» (p. 16). Ahora bien, es preciso destacar que aunque no hubiese una coincidencia realmente objetiva entre la realidad y aquello que los visitantes foráneos románticos destacaron de este territorio, su valorización literaria acabó imponiéndose, dando fruto a una destacada serie de obras de distinta índole.

Esta caracterización mítica de Andalucía, como se subraya en el tercer capítulo, fue aceptada y aplaudida por gran parte de los andaluces, pero, asimismo, hubo una serie de literatos que se inquietaron dado que, en tales creaciones, se mostraba un conjunto de personajes (toreros, bandoleros...) y escenas que exhibían el retraso y primitivismo de Andalucía y, consecuentemente, de España. Así pues, notables narradores como Estébanez Calderón o Fernán Caballero trataron de llevar a cabo una tarea de corrección de estas distorsiones extranjeras a través de la realización de «auténticos» retratos de Andalucía en sus obras. Sin embargo, el resultado vino a reiterar el mismo enfoque; «o bien era imposible escapar a la fuerza de los estereotipos ya impuestos, o que la coincidencia se daba porque esos estereotipos eran los buscados por los lectores y por ello mismo eran los ofrecidos por los literatos» (p. 21).

Los antecedentes de dichos estereotipos se encontraban en «fenómenos sociales tan peculiares como la existencia de una aristocracia castiza, su pariente natural, la figura del señorito y el flamenquismo» (p. 37), tres elementos de cuya conjunción nacieron, según explica González Troyano en el cuarto capítulo, el casticismo, el majismo y el plebeyismo que, en el último tercio del siglo XVIII, forjaron «una de las

imágenes de Andalucía que tal vez ha tenido más largo recorrido» (p. 39). El casticismo, desarrollado en la quinta sección del ensayo, vino a representar un rechazo a las incipientes modas cortesanas ilustradas, importadas principalmente de Francia, y acabó derivando en el majismo, nacido a partir de «tipos populares andaluces» que, «al ver en peligro la supervivencia de sus usos, indumentarias y lenguajes, radicalizaron aún más sus rasgos propios» (p. 41). Tal «maniobra de repliegue, antimoderna, antiilustrada y antieuropea» (p. 42) adquirió una dimensión mayor gracias a la participación en ella de una parte de la aristocracia andaluza, que gestó lo que Ortega denominó *plebeyismo*: la insólita relación entre los majos del pueblo y los nobles aristócratas, quienes hallaron en las juergas flamencas, las tonadillas y los toros un ambiente favorable en el que exhibirse y recrearse; ambiente natural, pues, como se explica en el sexto capítulo, del apoltronado señorito andaluz, figura que ya autores como Cadalso, Jovellanos o Tomás de Iriarte habían incluido en su producción y que, convertida en «metonimia de Andalucía» (p. 47), dio como resultado a lo largo de los siglos XIX y XX una percepción de Andalucía como lugar en que se evitaba concienzudamente el trabajo y en que se otorgaba un sumo valor al regocijo, a la vez que se daban mezclas sociales inconcebibles en otras latitudes.

A este señoritismo se sumaban, en el sur, otros factores directamente relacionados con él como «el parasitismo social, la falta de productividad de los latifundios de los grandes señores, la tragedia del hambre, el analfabetismo, las revueltas campesinas y libertarias que se extienden hasta bien entrado el siglo XX» (p. 59); no ha de extrañar, entonces, que el señorito, tal y como era pintado, permitiera «explicar e ilustrar el porqué del atraso secular de las tierras meridionales, en feudadas por unos terratenientes sin ambiciones ni propuestas para alcanzar la modernización emprendida en otras regiones españolas» (p. 57).

Estos conflictos sociales del campo, y de ello trata el séptimo capítulo, reclamaron la atención, desde mediados del siglo XIX y hasta principios del siglo XX, de destacados escritores regeneracionistas como Clarín, Azorín, Blasco Ibáñez, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y Eugenio Noel, entre otros, que miraron hacia el sur y hacia él emprendieron un viaje, «con lente realista y enfoque social» (p. 63), para dar testimonio de la situación social de una Andalucía negra, trágica, hambrienta y con doble cara: «una, la mísera de unos braceros que todavía trabajaban en los latifundios de sol a sol, y otra, consecuente con ella, la combativa del radicalismo mesiánico de un movimiento anarquista bien arraigado» (pp. 70-71). Se creó, así, una leyenda negra en que la violencia anarquista sustituyó —o complementó— a la escenografía del precedente bandolerismo romántico. Al concepto de Andalucía como exótico rincón mítico en el que reinaba a sus anchas la diversión se le une, pues, el retrato de su miseria y su retraso, que viene a poner de relieve la contrastada diferencia económica entre sus clases sociales y el atraso que suponía la vigencia del latifundismo como modelo agrario.

De idéntica forma, otros aspectos que han contribuido a la imagen de Andalucía y que también se señalan con especial acierto en los siguientes apartados de estos escritos son, como se comenta en el noveno de ellos, la lírica catalogación del Sur como tierra misteriosa y la producción en el ingenioso taller teatral quinteroniano de una nueva hornada de estereotipos —conectados con el sainete deciochesco y la figura del gracioso— basados en el ingenio, la gracia y el sentido de la ocurrencia de los andaluces; la vinculación de la región con la población gitana, que, según lo ilustrado en el décimo capítulo, ocasiona aún hoy en día que determinados prejuicios alteren las imágenes tanto de andaluces como de gitanos; la admiración acrítica por parte de los

sureños de sus tradiciones frente a las ideas innovadoras y modernas, tal y como se aclara en la undécima sección de la obra... De igual modo, hay que tener en cuenta que la imagen de Andalucía no es siempre ni necesariamente ajena a ella, y en el duodécimo capítulo se muestra cómo en ocasiones los andaluces, movidos por el narcisismo, han acentuado, fomentado y comercializado la visión de una Andalucía de pandereta al convertir su vida en espectáculo.

A pesar de ello, González Troyano no solo hace hincapié en su ensayo en lo desfavorable y dañino de los tópicos, de hecho, se ha de subrayar que en el octavo apartado debate y resalta de igual modo las connotaciones positivas que pudiera tener el significativo y tan debatido «ideal vegetativo» que Ortega desarrolla en su *Teoría de Andalucía* (1927): «de todas las connotaciones que pueden deducirse [...] acerca del ideal vegetativo de los andaluces, apenas se han entresacado las interesantes notas de epicureísmo, felicidad, hedonismo, exaltación del gozo y de la sensualidad [...]. Solo se ha destacado una tendencia negativa: la pereza» (p. 78). Esta concepción del ideal vegetativo —concreta el autor—, encaja, pues, con una larga tradición reivindicativa, ya recogida por el socialismo utópico decimonónico, que viene a ensalzar la pereza como último residuo del ideal paradisiaco, los «restos de una posible vida idílica, pastoril y rural» (p. 79).

Finalmente, para concluir esta breve revisión de lo que el lector puede encontrar en *La cara oscura de la imagen de Andalucía: estereotipos y prejuicios*, señalaremos que adentrarse en sus páginas supone iniciar un confortable viaje por el pasado de Andalucía —un pasado que mira hacia el presente— y que su lectura resulta absolutamente enriquecedora e impulsa afectuosamente hacia la reflexión; lectura, por lo tanto, útil, necesaria e imprescindible, sobre todo porque para combatir los clichés es necesario tener consciencia de ellos, de cómo se han originado y en qué momento, y emprender, a partir de ahí, su examen crítico. Además, a través de dicho examen, tal y como González Troyano indica en el capítulo final de su obra, se puede alcanzar «la imposición en un primer plano de otras imágenes representativas de actitudes que habían sido marginadas por hábitos e intereses» (p. 133), lo que compensaría y relegaría a un segundo nivel los estereotipos negativos. Se puede colegir, pues, que «los hechos históricos son irreversibles; que no se pueden ya rectificar, pero que, por eso mismo, hay que conocerlos de manera crítica, e indagar en los orígenes y motivos que provocaron las situaciones actuales» (p. 135), y para ello es apropiado acudir a este maravilloso ensayo que nos obsequia con una precisa información de tales orígenes y un acertado análisis de las distintas visiones de Andalucía; «cuestiones», en fin, «más o menos palpitantes, que figuran entre las preocupaciones presentes en muchos andaluces» y a través de cuyo análisis González Troyano pretende establecer el «punto de partida para un nuevo *viaje* por Andalucía. Un viaje emprendido por nativos que busquen suscitar, si es posible, debates y deliberaciones» (p. 136).

Ismael Cobacho Márquez
(Universidad de Córdoba)